

CELCIT. Dramática Latinoamericana 570

MR. BRIGHT

Mariana Hartasanchez (México)

PERSONAJES M (0) / F (1):

M: Enigmática femme fatale que visita intempestivamente del acaudalado productor de cine Mr. Bright.

1.

M

1953. No es un buen año para ser mujer.

México. No es un buen país para formar parte del gremio ginecológico.

La oficina de un productor de cine, no es un lugar adecuado para mí.

Estos manuscritos. No son los mamotretos idóneos para ser presentados ante un mafioso de la industria del espectáculo.

Escritos por una mujer. Una mujer mexicana. Que está en la sala de espera.

Como si fuera un hombre.

Fumé cuatro cigarros antes de llegar.

Y escupí en la banqueta.

Y una señora me miró así, como se mira a una mujer que fuma en la calle.

Y que escupe.

Yo le devolví la mirada.

Afilé las pupilas hasta llagarle el pudor y hacerla recular.

A ver quién mira más feo, infeliz mojigata.

Y gané.

Y me sentí muy bien, porque sé que mi mirada la traspasó de tal manera, que nunca podrá librarse de mí en su memoria.

“Vi a una desfachatada fumar en la calle y escupir como si fuera un presidiario, Mirta, no sabes qué desagradable y vulgar mujer. Yo la miré para que dejara de comportarse de manera impropia, pero ella...ella... ¡Oh, no puedo explicarte lo que hizo! Ella...ella me...fulminó...”

Eso es lo que va a decirle a su confidente.

Todas las mujeres tienen confidentes, cofrades, contertulias, congéneres fidelísimas en quien confiar.

Yo no.

Ahora mismo no.

Aunque la tuve.

No necesito hablar de banalidades con nadie.
No me interesa la opinión de las demás mujeres.
Y por eso me atrevo a emprender esta clase de transgresiones morales.
Enviudar y dos días después de enterrar al sucio mamarracho, venir a ofrecer un par de manuscritos a su amigo, el productor de cine.
Y son cómicos. Los manuscritos.
También la muerte de Ponte fue cómica.
¿Cómo puede alguien llamarse Ponte?
En cuatro patas. Perro.
Ponte.
Creo que significa puente.
Irónico.
Le dije que yo no iba a cruzar de lado a lado ese río.
Yo no iba a caminar sobre ese árbol caído.
No me importaba que fuera nuestro aniversario ni que él me hubiera llevado a ese magnífico bosque para celebrar.
Ponte cruzó.
El puente.
El árbol crujió.
No lo mató la caída.
Lo mató su frágil corazón de fémina.
Parece que antes de llegar al agua, su miocardio reventó.
Nuestro perro brincó con valentía al agua.
Una lección de fidelidad.
Pataleó con destreza hasta el cuerpo de Ponte y aprisionó el brazo de su amo con cautela.
Increíble, un perrazo de esos que hacen huir a cualquiera, robusto y amenazante, logró jalonear con su hocico el cuerpo inerte de un hombre sin lacerar ni mínimamente su carne.
El gesto del perro era muy divertido.
Casi afeminado.
Yo me quedé ahí, sin moverme ni un ápice.
Después de todo yo le advertí a Ponte lo peligroso que podía ser caminar sobre ese tronco seco y quebradizo.
El perro lamió la cara de su amo.
Ponte no reaccionó.
El perro me miró suplicante.
Yo no reaccioné.
El perro subió por el sendero boscoso, llegó hasta donde yo estaba.
“¿Está muerto?”
Le pregunté al perro si Ponte estaba muerto.
Y el perro mordió mi brazo, esta vez con rabia, sin delicadeza afeminada.
Y yo saqué el revólver de mi bolsa.
Y disparé.
Eso no se hace.
No se mata a un animal noble.
Yo llevaba el revólver porque les tengo miedo a los osos.
Supuse que un bosque llamado “Osados” tenía que haber por fuerza osos escondidos entre los matorrales.
Ponte me dijo que esa era una ingenua, inculta y mujeril deducción.

Sostuvimos, en el coche, cuando nos dirigíamos a ese mentado paraíso de coníferas, una estéril conversación sobre el nombre del lugar. Ponte dijo que cuando, cuatro siglos atrás, dos españoles entraron a ese espesísimo y agreste bosque, lo hicieron sin armas, sólo para demostrar su hombría.

Ponte era etnólogo.

Sabía esta clase de cosas.

Par de imbéciles.

Para demostrar su hombría.

Llega la asistente del productor. Tina. Sonríe con excesiva amabilidad.

Agita las caderas con velocidad eróticamente eficiente.

Y se mueve con nerviosismo histérico.

Parece un maldito colibrí.

Ya me vio.

Y ahora se compunge.

Claro.

Ya se acordó de que se me murió el marido hace unos días.

Se prepara para dar el pésame...

¿Le enseñaron a fruncir el ceño en los cursos de asistencia ejecutiva?

Seguro hasta tuvo una clase que se llamaba: “Cómo conmoverse ante la desgracia ajena”.

Yo no he tomado cursos de ese tipo, pero haré mi mejor esfuerzo por parecer afectada.

Nótese la plasta de la tristeza sobre mi enlutísimo semblante.

Soy la viuda, después de todo.

Buenas tardes, Tina.

Sí. Exactamente.

Es una pena.

Sí. Estoy devastada. No sabe lo difícil que ha sido soportar la pérdida de un hombre tan valioso.

Sí. Sí. Estaba por concluir ese documental tan interesante.

El señor Bright siempre fue muy generoso con Ponte. Los empresarios no suelen apostar por proyectos de esta clase. Ya sabe, era un hecho que una película sobre los aborígenes de la parte oriental de Argentina no iba a atraer demasiado público a las salas.

Sí. Sí salen mujeres encueradas.

Sí. Muestran sus senos.

Pero no es razón suficiente como para que la gente vaya al cine.

Sí. Tiene usted razón. Seguramente iban a censurar esa parte.

Esas partes.

Las partes obscenas.

¿Yo? Sí. Yo sí vi a las mujeres desnudas.

¿Cómo son?

Peludas.

¿Sus senos?

Pues son...Senos.

Esta es la clase de banalidades sobre las que no me interesa hablar.

Definitivamente.

¿Cómo son los senos de las aborígenes argentinas?

¿No se ponía celosa de que su marido estuviera viendo tantas viandas mamarias al aire?

¿También enseñaban sus rajas velludas?

Y esta mujer seguramente está pensando en los penes.

Eso es un hecho. Quiere preguntarme si los aborígenes tienen sus deditos levantados, como escolapios que espetan a su maestro.

Le veo la lascivia en la cara a esta puerca.

Piensa que como las mujeres están permanentemente desnudas, los hombres viven ostentando consistentes erecciones.

Blandir una teta es sinónimo de enervar un pito.

Eso piensa.

Le agradeceré que le diga al señor Bright que estoy aquí.

Necesito hablar con él sobre...

Sí, exactamente, sobre el documental.

¿Esto?

Sí. Es el guion...

No, no, Tina, los documentales también tienen guiones.

No, no significa que uno esté modificando a placer la verdad que está tratando de mostrar. El guion no lo deben interpretar los...aborígenes...ellos actúan libremente, conforme se los dictan sus reglas de convivencia cotidiana. Aunque siempre se intimidan un poco, cuando la cámara se les pone enfrente.

El guion es para la persona que narra los sucesos. Ya sabes, la vocecita con acento español que debe explicar a cabalidad lo que va ocurriendo. La gente no entiende de otro modo. Si nada más miras las imágenes, se corre el riesgo de malinterpretar.

Sí, las tetas. Las tetas y los genitales.

Sí. Todo eso.

Es necesario contextualizar para no herir susceptibilidades.

Sí, Tina. Eso es lo que traigo aquí.

No, no puedo dejárselo a usted. Entienda, es material altamente...simbólico y emotivo.

Lo escribí junto con mi marido.

Debo entregárselo personalmente al señor Bright.

¿No está?

Ah. Qué contrariedad.

¡Sí, es cierto! ¡Es cierto! Se me había olvidado.

Qué estúpida. Se fue de viaje.

Sí. Sí. Sí. Es que con todo esto. Lo de mi marido.

Tina...En realidad yo...yo...yo no vengo para ver al señor Bright.

Yo...

Y ahora es cuando debo de elegir entre dos opciones:

O bañarme en lágrimas y gimotear como una pendeja

o golpear a Tina hasta dejarla inconsciente para poder colarme a la oficina de Bright.

Muy bien, la siento...receptiva, así que optaré por convencerla con lamentos dignos de nuestro género.

Tina...yo necesito entrar a la oficina del Señor Bright.
Ahí...ahí pasamos mucho tiempo mi marido y yo.
Y es estúpido, muy estúpido, pero siento que si él va a aparecerse en algún lugar mundano... ahora que su alma ha emigrado...a habitáculos ultraterrenos...siento que si su espíritu piensa hacernos una visita...a nosotros, sus seres amados...No...usted no era su ser amado...Me refiero al señor Bright y a mí...Pienso que si Ponte decide emprender un viaje express de vuelta a la tierra...Se aparecerá aquí...aquí...en la oficina del señor Bright.
¿Cree en los sueños vaticinadores?
¿Sí?
Yo también.
Sí, sólo las mujeres los tenemos.
Algún día hay que hacer un documental al respecto.
Bueno, el asunto es que...yo estoy segura de que en aproximadamente diez minutos, Ponte va a aparecerse en la oficina del Señor Bright.
Yo quiero estar ahí.
Tengo que estar ahí cuando eso suceda.
Yo lo amo tantísimo.
Era nuestro aniversario.
Me llevó a ese bosque para que celebráramos nuestro aniversario.
Y...el puente...el tronco ese...
Y también el perro...el perro se murió.
¡Por favor, Tina! Estaré sólo media hora.
¡Mira! Traigo la cámara de Ponte.
Sí.
Para filmar su aparición.
En caso de que esta ocurra.
Ajá. Exacto. Y te enseñaré el material.
Imaginate lo que podemos lograr si demostramos la existencia de la vida ultraterrena.
Imagínate.
Se acabará la incertidumbre.
El dolor.
Le encontraremos el sentido a nuestras existencias.
¡Sí, Tina!
Gracias.
Sí, entra a ver si no hay documentos comprometedores.
Sí. Entiendo. Él puede enojarse si se entera. Pero guardaremos el secreto.
Ya sé que no es desconfianza.
Sí. Guarda todos los objetos de valor.
No objeto.
Sí. Un malabarismo léxico.
Sí. Igual que Ponte.
Ajá. Muy simpático.

Tina. Tiene tanta curiosidad sobre las rajas y los chochos.
Tanta malsana lascivia.
No voy a contarle nada sobre el año que pasamos viviendo entre incivilizados.
No voy a contarle nada al respecto.

No voy a contarle cómo una mañana, muy temprano, salí de la tienda de campaña sin brassiere.
Caminé tranquilamente entre los lugareños.
Me sentía libre.
Libre como nunca.
Ponte estaba dormido.
De pronto, las mujeres me rodearon.
Bufaban.
Parecían indignadas.
No lo sabía a ciencia cierta.
Podía ser que estuvieran llevando a cabo un ritual de compenetración transcultural que consistía en aventar espumarajos rabiosos por la boca, crispas los puños y mirarme con ojos rojos de ira.
Después de todo, puede ser que los códigos gestuales sean distintos en cada cultura.
No.
Las mujeres celosas son iguales en todos lados.
Alcancé a ver la entrepierna erizada de un portentoso ejemplar masculino.
Desaté pensamientos lúbricos en un soltero codiciado.
Por ser fuereña.
¿No que estaban tan acostumbrados a mirar tetas?
Las mías eran de diferente color.
Y las mujeres me rodearon.
Y me arañaron la cara.
Y me mordieron las tetas.
Ponte se despertó con el alboroto.
Corrió en mi ayuda.
Trató de tranquilizar a las féminas encolerizadas.
Me aventó hacia la tienda y me conminó a que permaneciera dentro de ella.
Hasta que él se encargara de “mi estúpida osadía”.
Cuando un hombre es osado, está reafirmando su virilidad.
Cuando una mujer es osada, está haciendo pendejadas.
Ponte habló con las mujeres semidesnudas.
En realidad la intérprete fue quien habló con ellas.
Uarilurigari por aquí, uarilarigualari por acá.
Y llegaron a un consenso.
Que el hombre cuya prominencia fálica había sido agraviado con mis tetas debía verter su jugo primigenio dentro de mi orificio dador de vida.
Sin intenciones de inseminación.
Era un mero trámite para evitar las funestas consecuencias de un levantamiento estéril de pito.
Esa era la creencia.
Esa era la ley.
La de las mujeres.
Que idolatraban al pito.
Y denostaban a las mujeres caucásicas que incurrieran en una provocación inútil.
Ponte estuvo de acuerdo.
Me vendió como una res.
El aborígen era portentoso.

No me puedo quejar.
Pero Ponte estuvo presente durante el pago de la fianza.
Así que me sentí terriblemente incómoda.
Además el semental dijo varios nombres de hembras pertenecientes a la tribu,
lo cual me hizo pensar que las estaba recordando mientras estaba castigando mi osadía.

No tenía por qué ponerme celosa.
Nunca he sido celosa, en realidad.
La enumeración de 50 nombres autóctonos no tenía
Por qué agravarme.
Yo era la intrusa.
Una loca que había decidido transgredir la norma más sagrada de las hembras de aquella tribu.
No se levanta un pito a menos de que vaya a procederse a la inseminación.
El pene.
Tan apreciado.
Tan venerado.
No eran celos.
Lo que sentí al escuchar los jadeos del semental, al percibir la mirada voyerista de Ponte, al tolerar los gritos ancestrales de las féminas encolerizadas que clamaban por justicia fuera de la tienda.
No eran celos.
Era el sabor amargo de la humillación.
No sólo mi humillación.
La de cientos de miles de vaginas que se han puesto al servicio de leyes inventadas al vapor.
De inserciones fálicas acordadas intempestivamente.
Inmediatamente después de que el caldo primigenio fue vertido dentro de mi orificio germinal,
Salí corriendo, desnuda, hasta donde estaban congregadas las mujeres.
Estaban danzando en círculo.
Cantaban.
“¿No se dan cuenta de lo que han hecho? ¡Ustedes me entregaron! ¡Ustedes son las que traicionan a su gremio! ¡Ustedes, ciegas, inútiles, vaginas irracionales! ¡Son ustedes! ¡Nosotras! ¡Me obligaron a soportar este trago amargo! ¡Pero les prometo que si de este encuentro no consensuado nace una niña, le voy a enseñar a cambiar el mundo! ¡Y ella va a venir aquí, vestida de etnóloga y va a enseñarles a respetar a sus congéneres! ¡Perras en celo!”
Ahora mismo, al recordar ese fugaz discurso, me avergüenzo.
Las mujeres no hablaban español.
Y cuando me vieron salir por sgda vez mostrando mis atributos mamarios, me corretearon.
Esta no aprende.
Eso debe haber pensado la turba iracunda.
¿Cómo le tenemos que enseñar a respetar nuestros usos y costumbres o la costumbre de cómo debemos ser usadas?
Ponte filmó todo.
Incluso mi inseminación artificial.

Le pareció una oportunidad única.
El terrible suceso.
Él lo consideró como una situación idónea para investigar la organización social de esos aborígenes.

Llegué hasta el río.
Para lavarme.
Y entonces llegó ella.
La intérprete.
Se sentó junto a mí y me explicó sin ningún resabio de culpa lo que ella había hecho:
“En realidad él no tenía que iniciar la cópula contigo. No. Yo inventé todo. Sólo debías pedirle perdón a su atributo viril. Debías inclinarte en señal de sumisión reverente y repetir las palabras “Orgondú, orgondú, patilidifú. Mordilfú, mordilfú, acambaracolgú”. Eso significa ¡Oh, pito que con tu savia engendras al hombre! ¡Oh vara de mágicas proliferaciones seminales! ¡Escucha mi clamor vergozante! ¡Te pido que nunca te falte ardor en la labor, honor en el amor ni brote de semilla en tiempos de siembra! ¡Si hembra alguna te vuelve a desairar, proclama siempre tu fuerza dominante!”
“Me dio mucha flojera hacer que te aprendieras el discurso.
Les dije a las mujeres que ya te había instruido para pedir perdón.
Lo siento.
Estaba tan aburrida.”

Y me reí.
Y ella también.
Todo fue un ardid de la intérprete.
Engañó a Ponte.
Engañó a las mujeres.
Nos engañó a todos.
Las mujeres no sabían que el señor Fornicio me había propinado tremenda pirotecnia sexual.
Pensaron que yo había pedido perdón.
“Si se hubieran enterado de que jugueteaste con el hombre más codiciado de la tribu, te hubieran matado”, eso dijo la intérprete.
Me hubieran matado.

“¿Y por qué el hombre accedió a...incluirme en su repertorio de conquistas de una sola noche?”
“Porque le gustas.”
“Pero estuvo repitiendo los nombres de sus muchas mujeres.”
“No. Estaba diciendo nombres al azar, para ver con cuál reaccionabas favorablemente. Él quería saber tu nombre, pero las mujeres le prohibieron averiguarlo.”
“Ah. Pues no lo adivinó.”
“Pues qué imbécil.”

Tina regresa. Con lágrimas en los ojos. Está conmovida. De verdad quiere que me encuentre con el espíritu de mi marido muerto. De verdad quiere que

triunfe el amor por encima de los obstáculos terrenales que nos conminan a permanecer atados a un burdo amasijo órganos pulsantes.

Gracias, Tina.

Sí.

Voy a dejar todo en su sitio.

Gracias por concederme privacidad.

Bien.

Muy bien.

Heme aquí.

En esta oficina.

Tan bonita.

Tan llena de objetos arcaicos.

De bellezas folclóricas.

Bonitas reliquias que Ponte le dio al señor Bright en señal de agradecimiento.

Por todo lo que hizo por él.

Señor Luminoso.

Qué bonito.

Un magnate del cine que le da una oportunidad a un pobrecito etnólogo que hace documentales.

Bien. Ahora la cámara.

Ya está. Muy bien. Mi mejor sonrisa.

¡Hola, Señor Bright!

¡Estoy en...su oficina!

Sí, esa oficina que usted resguarda celosamente.

Esa oficina a la que no quiere que nadie entre si no está usted presente.

Y estoy aquí por una razón verdaderamente poderosa.

Dos días después de que enterré a mi esposo. Su mejor amigo.

Estoy aquí. A pesar del terrible dolor que me embarga.

Y trataré de sobreponerme para que usted pueda tomarme más en serio.

Oiga, yo sé que usted considera que las mujeres están un poquito...limitadas en lo que se refiere a su inteligencia.

Sí. Usted considera que hay ciertos estatutos anatómicos que determinan indefectiblemente los parámetros intelectuales en cada género. Es decir, las mujeres son imbéciles de nacimiento y no hay operación, universidad o libro que pueda cambiar esa dolorosa verdad.

Tal vez es cierto.

Qué se puede hacer.

Bueno, señor Bright. A sabiendas de que usted piensa lo que piensa, vengo a ofrecerle un trato.

Yo sabía que proponerle el trato en vivo hubiera sido una verdadera estupidez. Una pérdida de tiempo.

Así que traje la cámara de su amigo Ponte.

Que ahora es mía.

¡Mire lo que traigo aquí!

¡Manuscritos!

¡No sólo es uno!

¡Son dos! ¡Dos manuscritos! ¡Dos!

¡Qué osadía!
Los oculté durante mucho tiempo.
Pero ahora que soy viuda...
Y estoy sola...Y Ponte no dejó suficiente dinero con sus documentales...
Antes de pedirle a usted un préstamo, prefiero ofrecerle mi trabajo.
Y lo que quiero es muy sencillo. Lo que quiero es que usted produzca uno de los dos.
Ajá.
Nada más uno.
Son de corte muy distinto. Usted puede decidir cuál le gusta más.
Pero ojalá que pueda convencerlo de producir uno de ellos.
¿Cómo me atrevo?
¿Eso está pensando?
¿Qué cómo me atrevo?
Ay, lo conozco tan bien que hablarle a la cámara es casi como estar hablando con usted.
Pues mire, después de que le cuente los argumentos, usted entenderá por qué le conviene, sin lugar a dudas, apoyar a esta escritora en ciernes. Además de que a mí, con mi cerebro anatómicamente disfuncional, me parece que escribo con bastante soltura y calidad; creo que los temas le pueden aportar a usted un ingreso millonario.
Sí. Estoy absolutamente segura.
Este manuscrito de acá trata sobre...una íntima amistad entre dos mujeres.
Y un amor prohibido.
No entre ellas, por supuesto.
La más joven ayuda a la treintona a consumar un idilio extramarital.
Pero todo es muy dulce y rectado.
No hay escenas explícitas.
Ya sabe. Melodrama conmovedor.
El otro manuscrito...el otro...es una historia escalofriante.
Es un híbrido. Terror y mafia. Monstruos traga-tripas con...
Corrupción. Sensualidad. Pistolas. Cigarros y nalgas.
O estoy loca o soy un genio.
Hasta donde lo puede ser una mujer.
Tal vez estoy descubriendo un nuevo género.
El Obscine. Es obscuro. Es obsceno. Pero sigue siendo cine.
Este manuscrito es menos conmovedor.
Es un poco exagerado.
Pero ya sabe que las historias de monstruos mafiosos hambrientos que devoran carne humana le encantan al vulgo.
El vulgo es quien sostiene la empresa, señor Bright.
Usted puede decir que la historia elegida fue idea de Ponte.
No importa.
Le puede dar el crédito a él.
Lo único que yo quiero es ganar algo de dinero y que actores guapos y actrices bonitas interpreten alguna de mis historias.
Ya sé. Ya sé que usted siempre pensó que yo “tenía un espíritu viril” y que por eso era mucho más inteligente que las demás mujeres.
Lamento decepcionarlo.
Pero también me gusta el glamour y la farándula.

Me gustan las alfombras rojas y las actrices elegantes.
Y quiero pasearme con ellas durante una noche de gala.
Tal vez Ponte no hubiera estado de acuerdo con lo que estoy haciendo, pero le pido a usted que escuche los argumentos antes de darme un rotundo y categórico no...
Mire, le voy a contar de qué se tratan mis historias.
Será como un documental.
Sí. Si quiero puedo hablar como una sensual española.
Sí. Para que se vea más profesional.
La voz de las extranjeras siempre es más seductora.
¿Qué historia quiere oír primero?
Yo, honestamente, me inclino por la de terror.
Pero estoy segurísima de que a usted le va a gustar más el trágico melodrama.
Así que vamos a darle gusto.
Voy a contarle el melodrama.

Bien, pues todo inicia en el territorio salvajísimo, agreste, indómito de Purcratua de Mantua.
Allá, en donde Ponte, el valiente etnólogo y su poco avispada esposa se internaron para documentar in situ la vida de una tribu única que posee costumbres arcaicas nunca antes vistas.
La escena inicial se desarrolla en un automóvil.
Ellos están en Buenos Aires y emprenden el viaje hacia el Amazonas.
“Oh, Ponte, me siento un poco asustada. Qué tal si estos seres incivilizados comen carne humana. No quiero pensar lo que son capaces de hacerle a una atractiva y frágil fémina como yo. Imagínate lo que puede ocurrirnos. Tal vez uno de esos asquerosos y simiescos sementales puede raptarme y llevarme hasta lo más recóndito de la selva para abusar de mi adorable entrepierna de esposa joven. Y tú, tan fuerte, tan viril, tan velludo, puedes desatar la lascivia en esas mujeres que están constituidas únicamente por deseos carnales ancestrales. Ellas no conocen nada más que el contacto sexual y la procreación. Estoy tan asustada...”
“No te preocupes, mi amor. Yo defenderé a toda costa tu honor. Sabes que estos músculos han sido desarrollados a base de ejercicio y sudor sensual para poder entrar en acción cuando lo demande la situación.”
“Oh, Ponte”
“Oh...mi amor”
Y entonces se desatan los besos y los protagonistas de la historia, los que nos interpretarán a Ponte y a mí, se fundirán en tremendo abrazo. Música.
Música. Efectos especiales.
Vestido ondeando al viento.
Piernota femenina.
Van en un descapotable.
Músculo brillosito.
Todo eso.
¡Ah! Seguramente ya se dio cuenta de que es un poco autobiográfica la historia, señor Bright.
Mejor así.

Bueno, los dos amantes, el etnólogo y su estúpida asistente, alias, su esposa, llegan a tierras marginales, ahí, donde ningún occidental cuerdo ha osado adentrarse.

Considerando que Purcratua de Mantua está en Occidente.

Después de un largo viaje, llegan hasta donde el automóvil último modelo no puede internarse.

Van solos.

Caminan por los senderos selváticos.

Empapados en sudor.

Sudor sensual.

La ropa de ella se rasga en algún momento y revela segmentos de carne.

Segmentos lícitos de carne.

Lisitos, de carne joven y blanca.

Una jovencita de grandísimos ojos intercepta a la pareja.

Ella también puede ir semidesnuda.

En la historia real estaba desnuda de la cintura para arriba.

La jovencita saluda a la pareja en español.

Una intérprete.

Después de una conmovedora secuencia, que debe ser aderezada con música emotiva, en la que vemos cómo el etnólogo se entrega filantrópicamente a enseñar diversos oficios a los naturales del lugar, viene un suceso violento. A la esposa, que es naturalmente impulsiva, la persigue un rinoceronte. Y trata de violarla. Sí, la esposa quiere sacar fotografías de animales salvajes y, sin decirle a nadie, se interna en la selva. Y ahí aparece el rinoceronte.

Ya sé que no hay rinocerontes en el Amazonas, pero la gente no tiene idea de esta clase de detalles zoológicos.

Pensé en ahorrarle a usted algo de dinero.

Sé que hizo una película que se llamó

“El hombre rinoceronte”.

Por eso tiene un rinoceronte en sus bodegas.

Usted tiene un rinoceronte de plástico, enorme, muy realista.

Así que puede reutilizarlo.

Por eso metí un rinoceronte en el guion.

Podemos modificar el detalle de la violación.

Podemos sugerir que el rinoceronte solamente persigue a la esposa.

Y es entonces que uno de los aborígenes, de músculos bronceados, la salva.

Y, como ella está asustada y confundida, al abrazarlo, postra su boca en la suya.

Cuando se percata de lo que acaba de ocurrir, del beso adúltero que ella, presa de una descarga de adrenalina, le sembró en el hocico al tremendo hombrón, prorrumpe en alaridos de vergüenza.

El beso la aterra aún más que el rinoceronte.

Porque es una buena mujer, una esposa fiel.

Ella huye del fornido hombre que le salvó la vida y llega hasta la orilla del río.

Y ahí está la intérprete, que presencié toda la escena.

“Yo le dije a Gurbudú que te besara. Le dije que a las mujeres de las grandes ciudades, cuando se les rescata, hay que besarlas. Y él me creyó. Perdón por jugar con tu boca. Pero es que es muy divertido ¿Sabes? Las mujeres son como objetos. En todas partes. Aquí y allá. Con un poco de publicidad negativa, es

posible convencer a los hombres de que pueden tocarlas y besarlas cuando les dé la gana. Gurbudú se enamoró de ti en cuanto te vio. Estaba sufriendo mucho. Inventé toda esta historia sobre las costumbres de las mujeres de la ciudad, para que él saciara un poco de ese deseo que lo estaba volviendo loco. Yo azucé al rinoceronte. Lo planeé todo. Para que Gurbudú pudiera salvarte. Y te salvó. Todo lo hice para que él pudiera besarte.”

La esposa se enamora de Gurbudú.

Y la intérprete los ayuda a encontrarse a espaldas del marido.

Se besan.

Muchas veces. Muchos besos.

Finalmente, presa de una culpa convulsa, ella le confiesa todo a su marido.

Y él la perdona.

Porque es bueno. Buenísimo.

Como el esposo de Madame Bovary.

Finalmente, la mujer le rompe el corazón al semental oscuro.

Porque ella es mejor que la Bovary.

Está hecha de madera mexicana.

Ella es leal, ella es resignada.

Y se marcha con su marido.

Pero se llevan a la civilización a la intérprete, que es inteligentísima y merece la oportunidad de estudiar antropología y rescatar de la ignorancia a las mujeres de su tribu.

Ella aprende una lección.

Aprende que en lugar de sentir rabia en contra de las mujeres por ser tan idiotas y comportarse como objetos, puede enseñarles a tomar decisiones sobre su propio cuerpo.

Podemos omitir este detalle transgresor e impropio.

Su usted quiere, señor Bright.

Ponte y yo nos llevamos a Demetria.

Eso es verdad.

¿Ya ve como el guion es una mezcla interesantísima de ficción y realidad?

¿De rinocerontes y besos extraconyugales?

Demetria.

Así le pusimos a la intérprete.

Porque su nombre real era impronunciable.

Nos la llevamos, para que estudiara en la universidad donde Ponte da clases.

Nuestra universidad nacional.

Muy autónoma.

La ayudamos a ingresar.

Y Demetria se volvió mi amiga más querida, más cercana. Más amada.

Porque era más lista que cualquier otra persona que yo haya conocido.

Nos emborrachábamos y hablábamos sobre filosofía.

Y fumábamos.

Y bailábamos encueradas.

Cuando Ponte viajaba por el mundo para ofrecer conferencias con las que él buscaba que infundir respeto por los nobles salvajes, cuando mi difunto marido se ponía un taparrabos y hacía el ridículo frente a los catedráticos de Yale bailando danzas autóctonas, Demetria y yo convertíamos mi bonita casa de cuatro pisos en un campamento beodo para exhortaciones y disertaciones feministas.

Sólo nosotras dos.

Replegadas.

Recluidas.

Solas.

En una de esas inolvidables borracheras, cuando Ponte estaba de viaje, Demetria me platicó que a su pequeñísima comunidad apartada de la voracidad capitalista, habían llegado un gringo.

Mucho antes de que llegara Ponte.

Mucho antes de que llegara yo.

El gringo le enseñó inglés.

Y enamoró a la más bella exponente de su tribu.

El gringo.

Y se la llevó.

Pinche gringo.

Enamorado.

Bueno, esos son detalles biográficos que a usted lo tienen sin cuidado.

Son idioteces que no tienen nada que ver con el otro guion que escribí.

Ese no es autobiográfico.

Nada más se me ocurrió.

Así, de pronto.

La historia.

¿Quiere que se la cuente?

¿Sí?

La verdad creo que puede ser muy muy taquillera.

A usted lo va a volver rico.

No se la he contado a Demetria todavía.

Porque pienso que ella la puede considerar insustancial y estúpida.

No quiero decepcionarla.

Si ella se entera de que no pude resistirme a escribir una gran pendejada superficial, va a dejar de hablarme.

Pero no pude contenerme.

Necesitaba escribirla.

De verdad.

Bueno, por fin ha llegado la hora de contarle...

¡Mi historia de horror y mafia!

Se llama...

¡El monstruo!

Así, nada más.

Sencillo.

Directo.

Bien. Comencemos.

Vemos una figura aterradora, deforme.

Es un hombre contrahecho que camina desacompañadamente.

Otea.

Se cerciora de que nadie lo ha visto.

Camina entre las calles desoladas de una ciudad encharcada.

Neblina.

Aullidos de lobos.

En la ciudad de México no hay lobos, pero eso no importa.
Noche cerrada.
El monstruoso deforme se acerca a una casona porfiriana, que tiene dinteles y arbotantes, volutas y gárgolas. Y un rinoceronte empotrado en la imponente puerta de entrada.
¿Ya ve cómo el rinoceronte siempre tendrá cabida?
Los claroscuros expresionistas intensifican el dramatismo de la escena.
Silencio inquietante.
El deforme saca unas llaves y entra en la casona.
Alcanzamos a ver que lleva en su mejilla derecha una cicatriz profunda.

Corte a.
Un salón de clases en la universidad.
El elegante profesor Bridge imparte la cátedra de historia de la misoginia ancestral.
“Dado que la misoginia ha existido desde tiempos remotos en todas las culturas occidentales y orientales, podemos pensar que esta no sólo obedece a una caprichosa percepción ideológica, sino que existen evidencias concluyentes que demuestran que las mujeres son estúpidas de naturaleza...”
Sólo hay hombres en el curso.
Uno de ellos, cabecea amodorrado.
El profesor se encabrita severamente.
Le arroja un zapato.
En ese momento se abre la puerta del salón.
Una joven excepcionalmente seductora, de ojos negros, aparece en el umbral.
“Lo siento, señorita...Pase por favor. La estábamos esperando. Usted es la primr mujer que ingresa a esta carrera.”
“¿Estaba haciendo alguna demostración de costumbres primitivas, profesor?”
“No. Estoy aventándole zapatos a los holgazanes”
“Ah. Eso es muy civilizado.”
La broma de la nueva estudiante desata una carcajada.
Pero el profesor se siente humillado.
“Siéntese, señorita”
La joven avanza con garbo hasta su asiento.
Su belleza exultante intimida al profesor, que tiembla con nerviosismo.
Bridge se quita su saco.
Está sudando como un cerdo.
Intenta sacar un pañuelo para enjugar el sudor de su frente.
Pero se confunde.
Sustrae de su bolsillo una fotografía en lugar del pañuelo.
Su distracción lo avergüenza aún más.
Al intentar guardar la fotografía, esta cae al suelo.
Y la joven se apresura a recogerla.
Sorprendida, descubre que en la fotografía aparece una mujer.
Una antigua conocida. Pero no lo dice.
Así que los espectadores no se enteran de por qué pone cara de “Carajo, y esta chingada fotografía de dónde salió. Yo a esta la conozco, éramos muy amigas, pero nos dejamos de ver hace diez años cuando ella se fue.

Tenemos que buscar una buena actriz que, con un gesto pueda dejar claras esas emociones.

Un acercamiento al rostro desconcertado de la estudiante nos debe permitir percatarnos de que ahí hay algo que huele mal...Además de la hiperhidrosis del profesor...

Hiperhidrosis es exceso de sudor.

Después, la cámara hay que embarrársela en la cara al profesor.

Porque en ese momento vamos a descubrir...

La cicatriz...

Ahí es posible que entren los efectos especiales, porque la cicatriz puede empezar a hablarle al profesor...

“Imbécil, dejaste caer la fotografía...La foto, la foto, la foto, la foto”.

Corte a.

Una protesta feminista frente a Palacio Nacional.

Cientos de mujeres pugnan por obtener el derecho al voto.

La joven estudiante grita consignas...

“No importan nuestras tetas, escuchen nuestras metas”

Junto a ella se encuentra su amiga más querida.

Un ama de casa que le lleva algunos años.

La llamaremos M.

La estudiante, emocionada y conmovida por la magnitud de la protesta, toma la mano de M.

“¿Crees que lo logremos?”

“No, pero me divierte estar aquí, entre tantas viejas histéricas.”

“¿Tu marido va a enojarse?”

“Sí. Pero si intenta aventarme un zapato, yo le arrojaré un tacón. Ya lo hice una vez. Casi se queda tuerto”

“¿Por eso tiene esa cicatriz?”

“No, esa no se la hice yo. Dice que lo arañó una rama. Pero estoy segura de que fue una ramera...”

“No me gusta que hables así...”

“¿De tu querido profesor?”

“De algunas mujeres...”

La estudiante está a punto de decir algo sobre la fotografía...

La fotografía que Bridge, el profesor, el marido de su amiga, sacó de su bolsillo por error...

Pero no lo hace.

No lo hace.

“¿Te gusta la civilización?”

“Vengo de una civilización diferente. No soy una salvaje.”

“Te estás volviendo muy susceptible. Mejor seguimos gritando hasta que se te pase tu racha de nostalgia por el terruño”

“Mejor. ¡Estos pechos quieren hechos!”

Corte a.

La joven estudiante fuma.

Está en la calle.

Sola.

Es de noche.

Espera fuera de un cine.

Lleva un sombrero de ala ancha que le cubre el rostro.

En la marquesina se alcanza a leer el nombre de la película.
“El hombre rinoceronte que vino por sangre”
De pronto, se abren las puertas.
La gente sale de la función.
Dos hombres, a los que no se les ve el rostro, hablan animadamente sobre la película que acaban de ver.
Emprenden una caminata.
La joven estudiante los sigue.
Ellos llegan hasta una casa porfiriana.
Entran.
La estudiante espía.
Busca la forma de colarse al interior.
Una ventana.
Está abierta.
Ella logra meterse sin hacer ruido.
Tiene miedo.
Escucha a los hombres hablar en una de las estancias de la casa gigantesca.
Ella resuella.
Todo está oscuro.
Camina casi a tientas. Sube las escaleras. Con cautela. Con terror.
¿Qué busca?
¿A quién busca?
Y entonces...
Abre una puerta.
Mujeres.
Desnudas.
Golpeadas.
Narcotizadas.
Mujeres.
La joven busca.
Se acerca a las caras.
En la penumbra apenas se distinguen los rostros.
Finalmente.
La mujer de la fotografía.
“Mírame, Élida, mírame. Soy yo.”
Élida no reacciona.
“Élida, voy a sacarte. Levántate. Por favor. Ponte de pie.”
Voces en la escalera.
La joven abre la ventana de la habitación.
Salta.
Se lastima.
Corre.
Huye.
Llega hasta la casa de M.
Le cuenta.
Le pide ayuda.
Pero M está borracha.
La señora Trinitrotolueno se bebió catorce copas de vino.

“Eso que tienes se llama pendejismo paranoide con conato de me va a cargar la chingada si sigo alucinando. Mi psiquiatra me diagnosticó algo parecido. Pero lo mío nada más se llama delirio paranoide. Es más elegante.”

La joven se encabrita y rompe cosas.

Una escena digna de Marlon Brando.

“Te estoy diciendo la verdad. Tienes que ayudarme.”

Y detrás de ella, una voz.

“De qué verdad feminista están hablando ahora...”

El marido.

Ahí es posible hacer un acercamiento a la cicatriz, podemos escucharla hablar de nuevo...

“Te descubrió...imbécil”

Me parece interesante tomar esta clase de riesgos raros.

Una cicatriz inteligente y autónoma que es responsables de las acciones criminales y jodidas de Bridge...

Y entonces...entonces llega el grandioso momento de la actriz que interpreta a la estudiante...

No dice nada...Namás mira...Da vueltas...se agarra los pelos...Se derrumba...Llora...Y finalmente señala a Bridge...

“Yo sé...”

Y después de ese gran momento, de ese éxtasis histriónico, sale huyendo.

Al día siguiente, M busca a su joven amiga.

Infructuosamente.

Pasan semanas.

M sigue buscando.

Pero no se atreve a preguntarle nada al marido.

Pregunta en la universidad.

Parece que la estudiante decidió regresar a su país.

Por alguna extraña razón, no hay rastro de ella.

Aprovechando la ausencia de su marido, quien salió de viaje para ofrecer una conferencia en el extranjero, M viaja al país de la estudiante.

La busca en la selva.

No la encuentra.

Y vuelve desolada a la ciudad de México.

Pasan varios meses.

M empieza a contemplar la remota posibilidad de que la historia enloquecida de la estudiante sea cierta.

Así que decide seguir a su marido.

Una de esas noches en las que él va a reunirse con un grupo de intelectuales amigo suyos, para entablar discusiones filosóficas.

Sí, el profesor Bridge, connotadísimo y prestigiado mentor, se reúne tres veces por semana con homólogos, colegas y variadas lumbreras del mundo académico en una casona porfiriana que tiene dinteles, volutas, arbotantes, gárgolas y un rinoceronte en la puerta.

De hecho el grupo de prestigiados comensales se hace llamar “La cornucopia de oro”. Su efigie distintiva es la cabeza de un rinoceronte.

Uno de los miembros de “La Cornucipia de Oro” es, ni más ni menos, que un acaudalado productor de cine norteamericano.

Qué casualidad, Mr. Bright.

M, a pesar de su cobardía, está dispuesta a descubrir la verdad.

Finge estar completamente intoxicada, dormida.
Bridge sale de la casa.
Ella se levanta de prisa, se quita la bata, se pone los tacones y lo sigue.
El marido llega hasta la casona.
Y la mujer es testigo de la horrible transformación.
Y ella...
Ella...es cobarde.
Huye.
No.
Que ni crean que ella se va a quedar a arriesgar el pellejo.
Ni que fuera imbécil.
Regresa a su casa y se bebe una botella de su mejor whisky.
Sabe que vive con el Monstruo. Lo sabe.
Pero tiene cuatro formas eficaces de paliar su miedo: alcohol, alcohol, alcohol y...
decoración de interiores.
Pasan los años. Ella empieza a llevar a cabo absurdas maniobras que le granjean el odio de las demás mujeres. Sale desnuda al jardín, se sienta en el pasto con las piernas abiertas y se peina el vello púbico ante la mirada atónita de sus vecinas. Camina por la calle con cuatro cigarros prensados entre sus labios. Cuando por distracción o zigzaguo beodo, rompe botellas caras de vino en algún almacén, se agacha para lamer el piso y beber a sorbos el vino derramado. No le gusta desperdiciar. Enloquece. Patea al perro cada vez que puede y acaba peleando con él, cuerpo a cuerpo, sobre la alfombra. Él siempre gana. Hijo de puta.
Pasan diez años.
Diez años.
Y ella deja de salir de su casa.
Una noche, hastiada y desesperada, al descubrir que no le queda ya ni una gota de alcohol, se atreve a transgredir la regla inviolable, la restricción más categórica: se mete a la oficina de su marido.
Ella necesita beber. Y ahí dentro debe de haber algo. Una botellita de esas que dan como souvenir en los aviones.
M abre los cajones del escritorio.
Uno.
Dos.
Tres.
Y ahí, encuentra algo.
El collar.
El collar de su amiga. La estudiante. El que ella nunca se quitaba porque era regalo de su madre.
M se queda en estado de catatonia durante cuatro horas.
Espera a su marido, con la luz apagada.
Y él llega.
Tarde.
Después de reunirse con el grupo de estudio.
Y ella lo ataca con una botella rota.
Como la Dubois.
Y él, que también está borracho, le dice:

“¿Qué quieres saber? ¿Qué quieres preguntarme? En lugar de atacarme como una maldita enferma, mejor compórtate de manera racional y usa, si es que todavía puedes, la palabra.”

Y sin reconocer el balbuceo que brota después de diez años, sin formular de forma plenamente consciente la pregunta, sin llorar, sin estremecerse, con una repentina elegancia, la mujer por fin escupe:

“¿Tú sabes dónde está Demetria?”

Y él le revela, cínicamente, que la estudiante está muerta.

Y también la otra joven.

Así.

Bastaba con preguntar.

Muy bien.

Ahora ya se sabe la verdad.

La verdad que ya se sabía desde antes.

Desde diez años antes.

La mujer le exige al marido que le diga dónde está enterrada.

Si él no le dice dónde está enterrada la estudiante...

Ella va a delatarlo.

Y él se ríe.

Siempre se ríe.

“Si quieres que te diga dónde está, no necesitas amenazarme. Sólo pídemelo.

No puedes demostrar nada. Estás loca. Te paseas delante de las ventanas,

desnuda. Te emborrachas. Escupes y fumas en la calle. ¿Quién va a creerte?

Pensaba llevarte al bosque a celebrar nuestro aniversario. Podemos matar dos

pájaros de un tiro. Ahí están enterradas las dos mujeres que has buscado por

tanto tiempo. Yo sólo estaba esperando que me preguntaras. Era tan fácil.

Pero eres demasiado orgullosa.”

Y van al bosque.

Y ella lleva un revólver.

Y él lleva a su perro.

“Si intenta matarme, la muerdes”, bromea él.

Y el perro lo secunda.

Hasta parece que se ríe.

Llegan al bosque.

Él señala un punto.

Ahí está enterrada Demetria.

Y la joven heredera del trono.

Ahí están las dos putas.

“Si quieres vamos hasta ahí, para que puedas despedirte.”

Justo cuando él cruza, delante de ella, un puente enmohecido, un tronco...

Ella, la amiga cobarde, la esposa, finalmente demuestra que tiene agallas y empuja con todas sus fuerzas el tronco...

Y el marido cae al río.

Y le da un infarto.

Y se muere.

La película termina cuando ella le mete un tiro al perro.

¿Qué le parece, señor Bright?

Escalofriante ¿no?

No es necesario evidenciar que la casona es un putero.

No.

Eso es burdo.
Las damas pueden asustarse.
Las putas son terroríficas.
Más que los monstruos que tienen cicatrices autónomas e inteligentes.
Además las buenas mujeres civilizadas saben que las putas son putas porque les gusta ser putas.
Eso siempre ha sido así.
Las mujerzuelas incivilizadas que salen de sus asquerosas selvas para invadir las ciudades, lo hacen porque nadie les ha educado la vagina, supongo.
Sí.
Supongo.
Imagínese.
Una aborígen aguerrida que quiere salir de su entorno selvático para leer a Simone de Beauvoir y portarse como detective para denunciar una red de prostitución. Qué indecencia. Qué innecesario.
¿Quién necesita que una puta defienda a las putas?
La sociedad está construida sobre ideales sólidos que permiten el desarrollo de la célula familiar. Las mujeres son el cimiento de esta estructura sin la cual todo puede desmoronarse rápida y progresivamente.

Pero regresando a nuestro negocio
¿Qué le parecen mis historias?
Sé que tendrá que leer los guiones antes de dar una respuesta definitiva.
Pero sé que usted, que estimaba tanto a mi marido,
Ayudará a su viuda a que cumpla este deseo tan largamente añorado.
Tan ansiado.
Sí.
Sé que usted elegirá producir la película melodramática en lugar de la terrorífica.
Lo supe desde el principio...
Ya alguien se interesará en mi pieza de Obscine.
Bien, pues es hora de irme...
Muchas gracias por escucharme tan atentamente.
Espero que pronto pueda tomar una decisión y comunicármela.
Hasta pronto, Mr. Bright.
Espere.
Antes de irme, necesito averiguar algo...
Esta caja, que mi marido le regaló a usted me intriga mucho.
La compramos en uno de nuestros muchos viajes.
Por eso sé que existen dos llaves.
Una de esas llaves la conservó Ponte.
La llevaba siempre atada al cuello.

Abre la caja, sustrae varias fotografías. Las mira con enorme tristeza.

Que cómo son las tetas y las vaginas de las aborígenes...
Tristes...
Tristes, Tina.
¿Te gustaron las tramas enrevesadas y sentimentaloides?
¿Te conmovieron?

¿Crees que pueden convertirse en golpes taquilleros sin precedentes?
Yo sí lo creo.
¿No me quieres hacer comentarios?
Sé que eres menos tonta de lo que aparentas.
Espera.
Antes de que hagas cualquier comentario, debo decir algo a mi favor.
Estas historias tal vez te parecieron un poco burdas y exageradas.
Pero te falta conocer el final.
Si lees el verdadero final, el que vincula las dos tramas, le encontrarás el sentido a mi película.
¿Tienes curiosidad? ¿Quieres leerlo?
Me encantará que lo hagas.
Tina, ahí parada, con el la boca abierta y los ojos impregnados de llanto neurótico, pareces una estúpida.
Necesitas tomar aire. Respirar.
Un café. Un cigarro. Distraerte un poco.
Después, regresas, te sientas en la silla presidencial de Mr. Bright y te enteras del cierre magistral que decidí darle a mi historia.
Está escrito. Aunque no consumado.
Y búscame. Para que hablemos. Me ayudará mucho saber lo que piensas.
¿Sabes? Necesito una confidente.
La vida de una mujer que no tiene confidentes es triste. Y peligrosa.
Así que por favor, búscame cuando hayas leído el final y puedas compartir conmigo tus impresiones.
Dile al señor Bright que pasé a saludarlo.
M sale de la oficina con las fotografías incriminadoras en mano. Antes de salir del edificio, se detiene y hace un último comentario hacia el público.
Ya sé cómo voy a ponerle a mi película.
Es una frase un tanto manida, masticada y usada, pero muy efectiva:
“La venganza es un plato que se sirve frío”...
¿Le gustará este título al honorable señor Bright?

FIN

Correo electrónico: litoperion@yahoo.com.mx

Edición a cargo de Virginia Curet. Correo electrónico: vincuret@gmail.com

Todos los derechos reservados
Buenos Aires. (2021)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
"45 años promoviendo el teatro latinoamericano"
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar

«Piense antes de imprimir. Ahorrar papel es cuidar el medio ambiente»